

Saludo al Instituto Cultural Italiano de Montevideo

A la buena de Dios, ya se sabe, se hacen desgraciadamente las naciones. Con gentes de todas clases, salidas de todas partes, y sembradas más o menos al voleo. Por eso marcha mal el mundo.

Si alguna vez, sin embargo, hubiese que cocinar un país perfecto, habría que hacerlo, supongo, como nos hicieron a nosotros: con camadas parejas de italianos y de españoles. Y agregando a lo sumo, para mayor sazón, pizcas de indios, pizcas de negros y pizcas de judíos. Indios, negros, judíos, italianos y españoles: he allí las cinco grandes culturas de la historia, desde la caída de Corinto y la consumación de Grecia. Todo lo demás con que se ha poblado la tierra desde entonces, no merece ser contado en la cuenta: razas inferiores y rubias, gentes insensatas y atléticas, fanáticos de la higiene o la música, de la filosofía o de la industria. Pobres gentes, en fin, olvidadas de que "la madre tierra los parió desnudos" un día, y de que desnudos y haciéndose polvo los espera.

Italia, maestra

Italia es, con España, una de las dos madres nuestras que están en Europa. Destinada esta crónica a señalar, saludándolo, la importancia de que exista por fin, en Montevideo, un Instituto Cultural Italiano (algo así como el Anglo, o como la Cultural Uruguayo-Estadounidense, o como la Alliance Française... pero italiano), tenemos por fuerza que empezar subrayando algunas circunstancias olvidadas por demasiado sabidas, y que vienen a cuento, sin embargo.

Cuando Inglaterra, por ejemplo, funda en alguna parte del mundo un instituto de cultura, puede usted ponerle la firma a que ese lujo literario final ha sido precedido por un largo proceso de otro orden. Pregunte usted, verbigracia, en cualquier país de este planeta, cómo se enteraron de que existía Inglaterra, y le dirán que por una invasión militar. Pregunte luego por la segunda noticia que tuvieron de los ingleses. Y le dirán que por algún rubio marinero que quería venderles algo.

Con nosotros debutaron así cuando las invasiones inglesas. Y siguieron con las intervenciones diplomáticas a propósito de la libertad de comercio. Y con las inversiones de capital, construyendo ferrocarriles por doquiera fueran posibles dividendos. Invasiones, Intervenciones, Inversiones, la verdad es que la enseñanza del inglés literario vino después, como la explicación de Shakespeare o el estragado gusto por los poemas de T. S. Elliot. Aunque hayamos terminado por tomarnos el codo

lo primero que nos extendió Inglaterra, a la verdad, fue la garra. Aquí como en el Irán. En Singapur como en la Guayana. En México como en Hongkong.

Italia, en cambio, la dulce, fue la maestra de primeras letras de la humanidad. Enseñar y dar ha sido para ella lo de siempre y lo único. Hubo un tiempo en que el mundo civilizado se agotaba en sus fronteras. Porque fuera de ella sólo había bárbaros peludos, no menos peludos porque los pelos fueran rubios ciertamente. Bárbaros comedores de carnes crudas y bailarores de tam-tam, con cuernos en la cabeza y trenzas engrasadas, variedad nórdica y artificial de la mota. Olvidate de la China milenaria, de los Incas, de los aztecas, de los árabes y de Jerusalem. Y has de ver que toda la cultura de la tierra ha sido mamada alguna vez en las tetas de la loba.

El mundo latino

Todos cantamos de chicos aquello de que "doquiera la mente mía sus alas rápidas lleva..."

...no hay un puñado de tierra
sin una tumba española!"

Y sin duda ninguna, es la verdad verdadera. También es verdad sin embargo, que no hay una tumba española en el mundo donde un italiano después no haya plantado trigo o maíz. Entre lo que Italia tardó en civilizar la cuenca del Mediterráneo y España la del Atlántico, se agota casi la provisión de siglos de la historia. Una y otra se dan la mano para definir las civilizaciones y los imperios. Y sólo cuando un idiota inventa la máquina a vapor, y la gente empieza a idiotizarse en cadena, aquellas grandes madres no nacidas para rivalizar con nadie en la fabricación de aparatos de televisión, bajan la guardia y entregan la administración del planeta.

Todavía se discute quien inventó la dichosa máquina a vapor: si un inglés o un francés, si un norteamericano o si un ruso. De Cristóbal Colón, en cambio, no hay más que dos versiones: o genovés, o gallego...

Porque la verdad es que sólo cuando Italia y España resolvieron cruzarse de brazos y encerrarse en sus fronteras a cultivar sus tierras con los métodos de antes de Cristo, fue posible a Inglaterra tomar la llave de los mares y convertirla en llave inglesa.

De aquella renunciación sale el esplendor de los sajones y la ilusión insensata de que las grandes potencias son las que más automóviles fabrican. Ante aquellas grandes naciones constructoras, que descubrieron la redondez de la tierra y montaron las estructuras políticas y culturales mayores que se hayan conocido, los sajones, por el camino inverso, han terminado desmontando y desarmando trágicamente cada cosa. Hasta llegar al átomo mismo. Para desintegrarlo también. Y armar,

sólo, la de Dios es Cristo, que nos amenaza a esta fecha desde todos los ángulos de la página telegráfica de los diarios.

Uruguay equivocado

Y sin embargo, nosotros, que estamos hechos de carne española e italiana, hemos admirado siempre otras culturas. Y nos hemos despiporrado, primero, a la francesa y después a la anglo-sajona. La ingratitude, ya está visto, es la forma más extendida de la imbecilidad humana.

Francia, claro, será Francia siempre. Porque tuvo la suerte de que París le cayera desde el cielo, justo en el medio. Y porque también ha civilizado a su manera, contribuyendo con algún filósofo, con alguna media docena de poetas, algunos epigramas y algún par de fábricas de tapices a la civilización de la tierra.

Pero no tiene nombre que nuestras elegancias hayan pasado del francés en la sala al inglés en la playa, sin dedicar una sola mala hora al aprendizaje de la lengua florentina, en la que está escrita la obra literaria máxima del hombre, y en la cual todas las palabras suenan dulces, desde las duras de Farinata hasta las suavísimas de la Pía.

Por eso importa tanto —a todos— este Instituto Cultural Italiano reciente, fundado para traer las cosas a su cauce. En un país donde la poca gente que se cansa de Inglaterra no ha encontrado nunca más salida que la mucho más absurda de mirar con los ojos de Rusia, francamente ya era hora de que Italia empezase de nuevo, como en los siglos de antes de Cristo, a repartir sensatez, alfabetos y cuentas para aprender a contar.

El Instituto

Las noticias de la expedición civilizadora concretada en el Instituto Italiano di Cultura, permiten desde ya garantizar el éxito rotundo de la campaña. La foja de servicios del general en Jefe y la de sus oficiales de Estado Mayor, permite tomar después a broma las mismísimas de Mac Arthur o Timoshenko.

A la cabeza del Instituto se encuentra el Dottore Danilo Baccini. Preside. Baste saber que fue en Italia Director de Liceos Clásicos. Y fuera de Italia, Director de la Scuola de Salonica (Grecia), y del Instituto Italiano di Cultura en Berlín, y de la Scuola Italiana de Lima, en Perú. Colabora con él el Dottore Giovanni Ricci, que enseñó en la Universidad de Humanidades de Montevideo y fue antes "lector" en las Universidades de Santiago, de Madrid y de Valladolid.

El programa de estudios para el año académico 1951 —en el cual colaboran, además, los profesores Andrea Fontanot, Giovanni M. Zilio, María Rocchi y Fernanda Cobau— incluye tres cursos de lengua italiana (per Principianti, per Progrediti e Corsi Turistici), que vienen a ser los

corsi generali e speciali per insegnamento trisettimanale. Y a los que hay que agregar, entre otros, los corsi monografici Settimanali sobre Storia della Letteratura Italiana, Storia dell'Arte Italiana (Dalle Cattedre a Giotto), Storia della musica italiana, Storia del Pensiero Italiano (L'epoca di S. Tommaso e di Dante), Corso di Perfezionamento (Ricerche bibliografiche - Elaborazione di tesi - Recensioni - Indagini filologiche ecc.) y Sezione di Filologia Classica.

Desde el viejo edificio de la Scuola, en la calle Uruguay y Magallanes, el Instituto dejará caer estos cursos, de mañana, de tarde y de noche, como otras tantas hisopeadas de agua bendita, sobre la cabeza infiel de cuantos se acerquen a sus aulas buscando el rumbo de la buena senda.

Y cada día, al entrar, el alumno (trátese de principianti, como de progredditi), verá levantarse sobre su cuerpo de bárbaro, desde el fondo oscuro del corredor, los ojos penetrantes de Dante en persona, que vigila todo, con su coronita de laurel en las sienes, su nariz amenazadora hacia adelante, y su cuerpo envuelto en largas vestiduras, sentado sobre una columna.

En una pared lateral, una placa indica además que Dante, en el Uruguay, no está solo. Y que, para cualquier apuro, está ahí, dispuesto a darle una mano, el brazo poderoso de Luigi Brandi.

Luigi Brandi

Sobre quién fue Brandi, ilustra el texto de la misma placa. Que dice así:

“LUIGI BRANDI DESTINO ALL'EDUCAZIONE DEI FIGLI D'ITALIANI POVERI IL FRUTTO DELLA SUA VITA DI LAVORO ASSICURANDO IN ANNI CRITICI L'ESISTENZA DELLA SCUOLA...”

Pero hay además otra versión más detallada, que el lector merece, y que es igualmente exacta. Dos detalles bastan para resumir la historia. Luigi Brandi fue un italiano que vino al Uruguay hacia fines del siglo pasado. Para venir tuvo que fabricarse, él mismo, el par de zapatos con que pisó por primera vez nuestra tierra. Cuando murió dejó un legado que salvó a la Scuola de ser clausurada.

Había nacido en Savignone, Génova, por 1850 y pico. Y la certeza de vivir más de ochenta años, no le impidió trabajar con apuro cada uno de los días de su vida. De su actividad prodigiosa quedan restos todavía en el Uruguay. Aquí, en la Unión, construyó primero, bajo su exclusiva dirección, una serie de molinos de viento que alguien recordará sin duda. Y después, abandonando siempre el molino construido por el molino a construir, levantó en Canelones el primer molino de agua

que se conoció por aquellos lados. Para ello debió realizar él mismo, una represa sobre el arroyo, igual a una que recordaba haber visto en Italia. Solo y con un bote desde el que soltaba las bolsas de portland, con riesgo de zozobrar a cada saco que echaba al fondo, don Luigi fue haciendo avanzar la represa. Se cuenta que había ingenieros que miraban en qué iba a terminar todo aquello. Pero es lo cierto que don Luigi construyó la represa, y después el molino. Y que cuando abrió las compuertas, todo marchó a la perfección, y el molino funcionaba como un reloj. Cuando se aburrió de ganar dinero con él, don Luigi se marchó a Rodríguez, donde todavía existe y funciona el molino de tres pisos que levantó en aquel lugar. Después se aburrió también y fundó una bodega de la que seguimos los uruguayos tomando vino hasta la fecha.

Al final de sus días, don Luigi pasaba los veranos uruguayos en el Uruguay y los veranos italianos en Italia. Y allá murió, en Cúncó, en el verano de 1938. El surco que su generosidad había dejado en el mundo, no era ni una cuarta más chico que el que había dejado su laboriosidad y su espíritu de iniciativa. Menos solemne que en la placa de bronce del corredor central, una foto en el Aula Brandi lo muestra con su perita blanca, y su nieto, que fue después, por años, alumno aventajado de la escuela.

El legado

Fue cuando rompimos con Mussolini, años después de muerto don Luiggi en Italia. La escuela, sin el dinero que le enviaba el gobierno italiano, tocaba fondo. Estaba a punto de cerrar sus puertas, cuando la legación española, que se había hecho cargo de los intereses italianos, le comunicó la existencia de un legado importante en dinero dejado para el sostenimiento de la misma. Lo único que se pudo averiguar fue que se trataba así, a secas, del Legado Brandi.

El Director, que veía así la otra orilla, organizó inmediatamente una fiesta, a la que asistieron todos los padres de los alumnos. En el curso de la fiesta, el Director pronunció un discurso y exaltó la generosidad del señor Angelo Brandi, que había salvado a la institución.

Al otro día, una sobrina de don Luiggi, que había estado presente, le preguntó si estaba seguro de que el Brandi en cuestión se llamaba Angelo. Ella, según dijo, tenía un tío que había muerto en Italia, y a quien ella había pedido siempre que se acordase de la Scuola en el testamento. Pero no se llamaba Angelo. Se llamaba Luigi.

Y entonces, loco de contento, el Director exclamó:

—¡Eso! ¡Eso! ¡Luigi! ¡Angelo gli e l'ho messi io!

Y verdaderamente, qué otro nombre que Angelo hubiera podido bautizar el Director, al innominado Sr. Brandi aquél, que "in anni critici" había asegurado "l'esistenza della scuola..."